

## LA LUNA EN EL BOLSILLO

Emerio Medina

Novela, Ediciones Cubanas, Cuba, 2014

(Fragmento)

### LA MOSCA EN LA VENTANA

Quisiera llevar a Maida lejos del barrio. Lejos, donde nadie esté hablando de lo mismo y podamos hacernos viejos. Necesito un sitio así para demostrarle que las cosas no son como ella piensa. Lo ves, Maida, el mundo no es como tú crees. Hay más cosas que vale la pena conocer. Cosas sencillas, como el amor. Tú seguro no sabes lo que es el amor. Si me dejas, te lo puedo enseñar. Te enseñaré a mirar adentro, al corazón. A mirar bajo la ropa y descubrir la verdad. Pudiera pararme en tu ventana cuando te quitas la toalla. Ser un ladrón, y estar allí. Ser un ladrón no estaría mal.

O mejor ser una mosca y colarme dentro del cuarto. Eso es. Quiero ser ahora mismo una mosca joven y ágil. Un moscón callado para verte bien. Quiero ser una mosca hambrienta y silenciosa posada en tu ventana. Tengo el hambre de la mosca joven. Los ojos rápidos de la mosca. Dientes de mosca y patas fuertes. Puedo estar en tu ventana todo el tiempo, zumbando bajito para no molestar, y pasar la noche ahí, mirándote, hasta que me dé la gana. Camino por la calle oscura, levanto el polvo con los pies y pienso que soy una mosca hambrienta y silenciosa.

La mujer de Wilberto me hace recordar que no soy una mosca. Negrita feíta en bata de casa, de pie junto a la cerca, esperando por alguien. Tan joven, con el cuerpo a contraluz. Se acabó de bañar y la piel le huele a agua, a jabón, a carne. Desde lejos se siente el olor. El aire está soplando desde esa dirección. Un vientecito suave, puede ser. Una brisa ligera. Nada se mueve

alrededor. Solo se siente el aroma de la negra. El jabón que usó. Ella está buscando a Wilberto. Pregunta si lo he visto.

Digo que no. Me acerco. Busco la mejor posición para mirar. Un cuerpo de mujer a contraluz puede enseñar muchas cosas. Son muchos ángulos posibles, hay que buscar la mejor opción. Si la bata es fina todo es más fácil. Ella cierra las piernas y pone las manos por delante. No debió salir así. Seguro no esperaba encontrar a nadie en la calle. Y aquí estoy yo. No soy una mosca. Tengo a Maida desnuda en la cabeza, un remolino de ojos verdes sobre piel aceitunada. Es un aluvión de sexo contenido, como luna inalcanzable, y la cabeza se me pone mala. La sangre empieza a darme golpes en el cerebro. La sangre puede ser molesta. Puede sacar a uno de paso y envenenarse sola. Así, sin que uno quiera, sin que pueda detenerse a pensar bien las cosas. Solo dejarse llevar por el impulso. El fuerte golpe de la sangre. El empujón. Las hormonas salen por chorros y acaban con lo que uno tiene de paciencia o de miedo.

Esta no es Maida, pero sirve igual. Las mujeres son como los gatos, todas son prietas de noche. Todo depende del interés que se tenga. Del ojo con que uno mire las cosas. Y ahora no estoy mirando con los ojos que ven al interior. Ojos de comemierda son esos del corazón. Ojos de mosca con hambre, mejor. Pueden ver escasamente lo que el cerebro necesita. Y yo ahora necesito algo específico. Ahora, con Maida desnuda en la cabeza, necesito una mujer.

Debo tener cuidado, esta es casada. No voy a meterme en problemas por una mujer ajena. Eso siempre acaba mal. Termina uno chorreando sangre en una esquina, con las tripas por fuera, aguantándose la barriga para hablar y pedir auxilio, y la gente hablando de si le pasó por comemierda o si no merecía esa suerte, y la mujer riéndose de todo en otra cama, contándole a otro hombre las cosas que le hizo a uno para que perdiera la cabeza y se metiera en candela.

Pero el marido no está aquí ahora, y esa bata de dormir esconde algo. Hay un momento en que el color no importa, ni los fantasmas. Ella debe estar cansada de Wilberto, se me ocurre. Tiene la casa que el papá le dejó para ella sola. El pobre negro se murió hace un año. Tanto trabajo para hacer una casa y morir, así como así, como si fuera cosa de mala suerte o de destino. Debe ser el fantasma del negro el que ronda por aquí. Asusta a los hombres que se acercan a la negrita fea, y yo me asusto también. Me acuerdo de los cuentos que hacen en el barrio. Hablan de un

lamento en las paredes en las noches más oscuras, cuando cae una llovizna fría sobre las casas y las cercas. Se me eriza la piel.

Pero ahí está ese cuerpecito a contraluz. Las manos tapan lo que pueden. Nunca la había visto así. No tan de cerca. No tan en bata. No con ese olor de jabón y de agua que sube desde abajo, y ahora está con las manos sueltas, estirándose, empinando el pecho y entreabriendo las piernas. Lo hace una vez, y vuelve. Todo se ve claro a contraluz, como en un cine de barrio, y el único espectador soy yo.

Puedo pensar que es una invitación. Quiero pensarlo. Quizá no le importa si hablo mucho, si hablo más o si hablo menos, o si no hablo nada interesante. Me siento bien pensando que esas cosas no le importan, ni le importa el dinero, ni la conversación obscena, ni esos cuentos que la gente hace en lo de Maida. Está esperándome porque tiene ganas por dentro. Sigo la bata que se mueve delante. Ella se vuelve una vez. Dos veces. Imagino que sonrío en el pasillo. No le puedo ver la cara porque me da la espalda. La puerta está abierta. Alguna luz se apaga adentro. La casa queda oscura. Es un lugar cualquiera sin contornos ni definición, y no me gusta eso. No me gusta el interior de una casa sin paredes visibles, sin puertas, sin ventanas sencillas para mirar al exterior. Es la hora difícil. Entrar o no entrar.

Si me cogen aquí se puede armar un problema. Una bronca de verdad con machetazos y sangre. Mi sangre, claro. La imagino correr por el piso y meterse bajo la cama. Allá va mi sangre abriéndose camino sobre los mosaicos. El rastro brillante se pierde en los rincones. Desaparece y sigue junto a las patas de la cama. Culebrea y se asoma donde menos se le espera. Es mi sangre lo que veo correr, y eso me aguanta.

Wilberto es mi amigo, pero no tanto. Digamos que más-o-menos-amigo. A los amigos no se les hace esto. A los más-o-menos-amigos sí, aunque la sangre corra con ese olor especial que tiene siempre. Es la sangre propia, diseminada sobre piso ajeno, puesta a secar en pequeñas islas oscuras, olorosas, atrayendo las moscas y dejando ver que la vida se escapa, y uno se queda tranquilo sin saber qué hacer, mirando sin hablar, sabiendo que se muere por ese paso malo, por no haber pensado bien las cosas. Pero hay algún sabor en el peligro. Un sabor especial. Algo obliga y llama, y uno piensa que va a salir bien. Uno se engaña de esa forma porque quiere engañarse y se deja llevar por el olor de una hembra que se acabó de bañar. Por eso entro a la casa oscura. Hago como si no viera el charco de mi sangre sobre los mosaicos.

Hay un ruido de silla que se aparta. Unos pies se arrastran por el piso. Una respiración se siente cerca. Un cuerpo choca con el mío. Es ella. Es la negra. Está desnuda. Solo estirar la mano y rozar el cuerpo tibio. Tocar lo que se quiera. Entretenerse en las curvas invisibles. En los contornos y las vueltas. En la pelambre corta de animal y de hembra. Y arriba está ese resuello firme. Son olas en el aire, como un mar que llega y acelera la sangre. Unos brazos se me aferran al cuerpo. Unas manos agarran, se cierran, aprietan y obligan a seguir una ruta en las sombras. Una cortina me roza la cabeza y los hombros. Todo aquí es una clara sensación de fantasmas. Aquí estoy yo, dejándome llevar, sintiendo que me hundo en una cama blanda. Sobre los mosaicos vuelvo a ver el rastro de mi sangre. Es un camino largo, sinuoso como un río con sus arroyos y sus pozas, pero no importa. Afuera debe estar soplando el viento. Se moverán las cercas. Se pintarán de polvo. Un poco más y estarán amarillas. Yo estoy amarillo también dentro del cuarto tenebroso. Yo amarillo y azul mirando sin ver nada. Solo siento la cercanía de un cuerpo. Una lengua me resbala en la barriga. Se deja ver la lengua con sus dientes. En la oscuridad los veo. Y veo las curvas y las formas. Y todo es para mí. Para mí, todo.

Negra desnuda en la oscuridad puede ser mejor que cualquier cosa. Negra jovencita y limpia, recién bañada con espuma abundante, llega sin aviso y se me prende al cuerpo. Una negra es mejor que la masturbación callada. Tiene ese olor del jabón y del agua. La lengua lame la piel y deja un rastro húmedo, agradable. Los dientes muerden sin dolor dentro del cuarto oscuro. Y yo tengo la luna guardada en el bolsillo. Para ella será.

No me va a importar si las paredes gritan. Hoy no. Esta noche, no. Y no me importará si Wilberto llega de pronto y me sorprende. Quizá rompa la puerta de un trancazo y empiece a machetear con la luz apagada. Pero está la negrita muy segura. Me dice que no debo preocuparme por Wilberto.

—Él no viene esta noche. Nunca duerme aquí.

Quién sabe dónde estará pasando la noche ese muchacho. Con quién. Pero no es mi problema. Lo mío es aquí, hoy, con la negrita. No tengo finca ni vacas, como Ramiro, ni un rancho cómodo para pasar la noche con cualquiera. Y no soy una mosca para posarme en la ventana de Maida y verla desnudarse.

Seguro Daila Dailena y ella hacen planes cuando se encierran solas en el cuarto. Pasan horas probándose la ropa nueva que Maida compra, pantalones y zapatos caros, y el alemán se queda esperando en el portal. No debe importarle esperar tanto

tiempo. No habla español. Tiene dinero para viajar dos veces al año, su retiro en un banco de Offenbach y pasaporte actualizado. La mamá de Maida tiene muy claras esas cuentas. Le falta dinero para terminar la cocina. Y el perro parece estar claro también. Me ladra a mí, por gusto, y al alemán no, ni a la gente que se reúne allá todas las noches. Solo a mí, pero eso ya no me preocupa. Ya no. Ya encontré un rincón para matar tiempo y ganas. Con la negrita, bien, pero algo es algo. Una negrita joven, olorosa. Mejor una negrita joven que estar oyendo los cuentos y los planes de la gente en la casa de Maida, viendo que no le importo a nadie, ni me quieren oír, ni les interesa lo que hablo. Y ahora aquí, entre las sábanas de la negra, voy descubriendo las razones y las cosas.

—Búscate un trabajo. Algo para pasar el tiempo. Para que no te vean caminando como un bobo.

Y eso es verdad. Siempre estoy de aquí para allá como un idiota sin dinero. Paso y llego a ver a Maida porque no tengo nada más que hacer. Lo pienso y me hago el importante. Le doy sus vueltas al problema y entiendo algo. Con un trabajo el tiempo a uno se le va y ya no tiene que andar enseñándose tanto.

Yo he trabajado, a veces, y he tenido poco tiempo. He sido esa persona que se levanta temprano a coger un transporte para subir hasta las lomas y trabajar en el café. Me he visto en un camión abierto, llenándome de rocío en la madrugada, subiendo hasta los campos para vivir de algo. He sido eso, sí, y he bajado de noche lleno de polvo y hambre, tan cansado que solo he tenido ganas de acostarme en el piso y estar allí mirando al techo, tratando de olvidar con los ojos abiertos. Puedo ser otra vez el hombre dócil que espera los domingos para levantarse tarde y caminar por el barrio con la mano en el bolsillo, deteniéndose a mirar las caras secas, las cercas y las casas, las mujeres que arrastran sus chancletas y se pintan las uñas, los muchachos que juegan y hablan y se fajan y se mientan la madre por las bolas perdidas, los viejos que miran con los ojos agachados y se aguantan el estómago cuando escupen en el polvo de la calle. Seré un viejo también cuando tenga mis años, cuando la vida pase y me queden los recuerdos. Me dolerán las manos y la espalda y escupiré mis miserias en el polvo. Seré como Cheché, que le rajaron la barriga como a un puerco por ese problema de la úlcera y ahora está en el hospital esperando morir. Puedo irme a las lomas y recoger café, bajar de noche lleno de fango y polvo rojo, cobrar a fin de mes la mierda que me paguen y seguir viviendo como vive tanta gente.

—Puedes trabajar en algo más suave. Aquí, en el pueblo.

Sí. En el pueblo hay trabajos mejores. Son cosas más sencillas y no hay que levantarse tan temprano. He visto a los hombres del barrio en esas oficinas calurosas y estrechas, riéndose con las mujeres y fumando sus cigarros, y no les va tan mal. Se enredan en los papeles y se ríen. Siempre se ríen aunque no les den almuerzo. Tienen esa costumbre de reír y un título de contador o de algo. Pero yo sin un título no puedo. Sin un diploma del pre ni un papel de nada. Sin un cartón amarillo con sus firmas y sus cuños. No puedo trabajar en lugares limpios, ni reírme con las mujeres dentro de una oficina, ni cobrar un buen salario a fin de mes, ni hacer planes, ni hacer nada. Hay plazas de recadero pero ya están cubiertas. Sería bueno tener un trabajo así, o ser repartidor de mandados a domicilio. Tal vez eso sea mejor. He visto a los muchachos y a los viejos que reparten el arroz y el pan en los barrios. Salen temprano de las bodegas con la carretilla cargada. Dan sus vueltas y ya la gente los espera. La gente espera siempre, y los mira desde lejos, y los maldice porque tardan. Su propina tendrán, y seguro les sobra algo del frijol y del pescado. Ese sería un buen trabajo para mí. Puede ser, y ahora que lo pienso en serio, puede ser lo mejor. Le doy cabeza al asunto y me veo empujando la carretilla por los callejones en los días de lluvia, metido en el fango hasta los tobillos, y las viejas despeinadas reclamando porque llegué tarde, y los hombres mirándome con rabia y diciendo que ahora sí está bueno este país porque a los vagos como yo se les permite ser repartidores. Mejor no. No me veo aguantando esas descargas. Algo así no va conmigo, ni quiero tener esa obligación, ni quedar mal, ni esperar que alguien venga a reclamarme porque llovió, porque se rompió el camión y la leche llegó tarde, porque el pan lo hicieron sin grasa y sabe a mierda, o porque mandaron una cosa en lugar de la otra y hubo quien no alcanzó. Y la gente dirá que es mi culpa y me mirará como si de verdad fuera yo el culpable. Mejor no. Que se vayan a la mierda con sus carretillas y sus sobras y su peste. Seguro hay algo mejor para mí.

Un poco más y amanece. Me despego de la negra. Se me ha prendido y me aguanta entre las sábanas. Me pide quedarme, pero no. Ya por esta noche he tenido bastante. Noche con negra es mejor que noche solo. Y eso del grito en las paredes es mentira. Hay silencio y calma dentro de la casa. Me cuesta levantarme porque la cama está caliente. Será otra vez que me cuele hasta aquí y deje que me muerda la barriga. Tiene esa forma de morder barriga y muslos. Son mordidas suaves, espaciadas. Obligan a quedarme aunque no quiera. Ella pasa la lengua sobre la mordida

y vuelve a clavar los dientes blandos. Deben ser blandos los dientes de la negra. Se aprietan sobre la piel de la barriga y los muslos y yo quisiera quedarme. Por la forma en que se prenden los dientes a la piel estoy seguro de que habrá una próxima vez. Otras próximas veces. Otras oportunidades de pasarle la mano por las nalgas a la negrita fea y dejarla morder a gusto. Falta tiempo hasta que alguien me descubra y Wilberto se entere. Por ahora todo está bien y no soy el hombre más buscado. Qué pasará cuando la noticia vuele y los vecinos empiecen a decirlo por la cerca. Miro al piso, veo el charco de mi sangre y se me eriza la piel. Mi sangre brilla en la oscuridad con un color rojo intenso. Es tan intenso el rojo que los ojos me duelen. Mejor me apuro, no sea que al final llegue Wilberto y todo lo bueno de la noche se me joda.

Está oscuro cuando salgo a la calle. Miro arriba y abajo y veo el barrio despejado. La gente duerme en el final de la noche. Voy a dormir también, y será un sueño tranquilo. Puede ser que sueñe con Maida y la vea desnudarse cuando salga del baño. Pueden ser que en el sueño yo sea una mosca hambrienta y ágil y me pare en la ventana a mirar lo que Maida esconde bajo la ropa. O puede ser que reparta los mandados en los barrios y empuje mi carretilla en el fango de las calles. Puede ser. Todo eso puede ser. Pero será un sueño tranquilo. Estoy seguro.

Miro hacia la casa donde el alemán está viviendo con Dailena. Deben estar acostados en el primer cuarto. Hay puro lujo ahí, pero nunca lo he visto. No se nos permite ver, y a mí se me permite menos. A la gente como yo se le mantiene lejos. No se nos invita nunca, ni se nos dice la forma de lograr las cosas. Imagino a Dailena en esa cama. La veo salir del baño y quedarse desnuda. Tiene tanto para dar a cualquiera. No por gusto Franz vino a vivir tan lejos y a gastar los mil euros del retiro. Es la suma mensual que se gasta en esa casa. Comida deliciosa y gustos caros. Fiestas privadas, bien surtidas, con invitaciones específicas y puertas cerradas para el barrio. Saco la cuenta, multiplico. La cuenta no me da porque son números grandes. Demasiado grandes los números de un mes. A mí me bastaría con un salario. Algo para ir viviendo, tirando ahí, hasta que me haga un viejo como Cheché y escupa la vejez y la miseria sobre el polvo de la calle.

Ahora, con las visitas nocturnas a la negra, los gastos pueden ser menores. Si me guarda comida ya eso será algo. Pero el trabajo hay que buscarlo, y lo tengo todo claro en la cabeza. Todo claro y concreto, como le gusta decir a Maida. Otra vez Maida. Se me aparece siempre. Se las arregla para estar cerca. Y no sé si debo estar contento porque Maida va conmigo. Ya no lo sé, ni me

interesa averiguarlo. Tengo sueño ahora. Puede ser el sueño profundo de la mosca llena. Sueño placentero y fácil. La mosca joven se cansó de estar con hambre en la ventana y encontró un lugar para saciarse.